

UN COMENTARIO SOBRE LOS VÍNCULOS ENTRE LA ARQUEOLOGÍA Y LAS LENGUAS ANDINAS*

Tom D. Dillehay^a

Resumen

Muchos modelos recientes en los estudios andinos y de otras partes del mundo han postulado relaciones directas entre la dispersión de las familias lingüísticas y las culturas arqueológicas. Un modelo enfatiza que las lenguas se diseminaron con las primeras sociedades agrícolas, mientras que otro propone que los vínculos entre las lenguas y las culturas varían considerable e independientemente de acuerdo con las circunstancias. Estos y otros patrones serán revisados, brevemente, en términos de los parámetros empíricos, metodológicos y conceptuales requeridos para aceptarlos, modificarlos o rechazarlos en los Andes.

Palabras clave: Andes, lenguas, migración, métodos, agricultura

Abstract

A COMMENTARY ON THE LINKAGES BETWEEN LINGUISTICS AND ARCHAEOLOGY

Several recent models in Andean and non-Andean studies have postulated direct relationships between the dispersion of language families and archaeological cultures. One model emphasizes that expansive languages spread with the first agricultural societies; while another posits that linkages between languages and cultures vary considerably, and independently, depending upon the circumstances. These and other models are reviewed briefly in terms of the empirical, methodological, and conceptual parameters required to accept, modify, or reject them in the Andes.

Keywords: Andes, language, migration, methods, farming

1. Introducción

El propósito del VII Simposio Internacional de Arqueología PUCP consistió en suscitar una mayor atención en las tendencias históricas y causales de la difusión de las lenguas de los Andes centrales y la interacción entre la arqueología, la lingüística histórica y la genética en su estudio. No ha sido si no hasta los primeros trabajos de Torero (2002), Lathrap (1970), Isbell (1974) y otros estudiosos que este tema y otros aspectos relacionados han recibido más interés.

El resultado de dicho encuentro puede formar percepciones y actitudes en relación con el futuro trabajo en este campo. De esta manera, más que presentar un artículo muy especulativo acerca de las posibles relaciones entre conjuntos variables de datos, elegí evaluar algunos conceptos y temas clave antes de embarcarnos en estos esfuerzos. No pretendo saber de teoría o métodos lingüísticos, y tampoco espero ofender a nadie debido a mi ignorancia acerca de sus datos o áreas de estudio. Mis primeras inquietudes aquí tienen que ver con el hecho de cómo se pueden usar las lenguas para investigar la prehistoria humana y cómo la prehistoria humana puede ayudar a entender el origen y propagación de las lenguas (*cf.* Ruhlen 1994).

* Traducción del inglés al castellano: Rafael Valdez

^a Vanderbilt University, Department of Anthropology.

Dirección postal: Nashville, Tennessee, 37365, Estados Unidos.

Correo electrónico: tom.d.dillehay@vanderbilt.edu

En el transcurso de las pocas décadas pasadas ha habido un esfuerzo creciente, por parte de un número de estudiosos, de integrar el conocimiento de la lingüística histórica, arqueología y genética en un panorama más general del origen y diseminación de las lenguas. En ese sentido, Renfrew (1987, 1989, 1990; Bellwood y Renfrew [eds.] 2002) acuñó la expresión «síntesis emergente» (*emerging synthesis*) para describir este esfuerzo, cada vez más cooperativo.

En muchos episodios de la síntesis emergente, el incremento de la agricultura, por ejemplo, parece haber tenido un papel preponderante en las migraciones humanas y, posiblemente, en la diseminación de las lenguas. Este modelo parece funcionar para varias áreas del mundo, entre ellas el caso del bantú a lo largo del sur de África, alrededor de 2300 a.p., donde la lingüística histórica, la genética y la arqueología respaldan la difusión simultánea de la agricultura y de dicha lengua; además está la expansión de la familia austronésica, la que se originó en el sur de China y se diseminó hacia el sur, a Indonesia, y hacia el este en la mayoría de las islas del océano Pacífico; asimismo, también se cuenta con el intento, por parte de Renfrew, de rastrear los orígenes de las lenguas indoeuropeas en relación con una expansión agrícola que comenzó hacia 8000 a.p. sobre la base de estudios realizados en Anatolia, la moderna Turquía.

¿Cómo y por qué se difundió la agricultura desde el Cercano Oriente hacia Europa? Dos posibilidades surgen por sí mismas. La primera es que la agricultura era un proceso de trabajo continuamente adoptado por grupos humanos vecinos que se percataban de que la vida agrícola era superior a su propio estilo de vida de caza y recolección. Si este fue el caso, entonces no tuvo por qué haber ocurrido una dispersión de poblaciones, si no, simplemente, la propagación gradual del conocimiento agrícola de un grupo al otro mediante difusión cultural. La segunda posibilidad es que la agricultura fue llevada a Europa por medio de la expansión gradual de los mismos agricultores, quienes, como en los casos del bantú y el austronesio, paulatinamente ocuparon —y, por último, absorbieron o eliminaron— a los cazadores-recolectores que habían habitado Europa. Estos dos escenarios no son mutuamente excluyentes; algunos cazadores-recolectores pudieron haber adoptado la agricultura a partir de los agricultores en expansión, mientras que otros no. Por último, los datos genéticos han sugerido que no fue la idea de la agricultura la que se esparció, sino los mismos agricultores. Sin embargo, el modelo de Anatolia como lugar de origen todavía es controversial para muchos arqueólogos, lingüistas y genetistas.

El caso es útil para el estudio de la dispersión de grupos humanos y lenguas en los Andes, si bien en la actualidad no se cuenta con los datos arqueológicos, lingüísticos y genéticos para acercarse siquiera al nivel de detalle que se ha logrado en el Viejo Mundo. Hoy en día solo se pueden hacer preguntas y formular hipótesis basadas, en gran medida, en datos regionales. Probablemente uno de los argumentos más sólidos para definir el lugar de origen del quechua y la dispersión de la agricultura se pueda encontrar en la evidencia de préstamos lingüísticos. La presencia de préstamos entre dos lenguas a menudo puede indicar dónde y cuándo dos o más lenguas estuvieron en contacto y señalan, también, la presencia de una protolengua. Sin embargo, esto puede ser difícil de hacer en los Andes, donde la «cobertura» del quechua inca ocurrió durante el Horizonte Tardío.

Los estudios de Renfrew acerca del protoindoeuropeo constituyen un intento por entender la relación entre el cambio y el reemplazo de las lenguas, las filiaciones étnicas, los movimientos poblacionales y la cultura material. Pero, ¿acaso todo esto se reduce a en qué medida el cambio de las lenguas fue paralelo a las transformaciones culturales, como se ha observado e inferido mediante la arqueología, la lingüística y la biología, y cómo se dio la expansión de una lengua?

La cuestión de cómo ocurrió la expansión de un idioma —por migración o expansión demográfica de la población hablante, el cambio deliberado a la lengua de una prestigiosa o poderosa comunidad vecina, el uso de lenguas usadas solo para el intercambio de productos, o algunas combinaciones de estas— aún no se ha podido inferir a partir de las bases de datos con que se cuentan de los Andes. Con respecto a sociedades más complejas en los Andes y otras áreas, tales como Moche, Huari, Tiwanaku, Chimú e Inca, se puede considerar la posibilidad de un proceso de reemplazo de lenguas, en particular en períodos muy breves de tiempo, algo que no necesariamente podría incluir algún movimiento de población, pero que puede ser considerado más en términos de conquista, hegemonía y/o obtención de ventajas político-económicas. Además, la diseminación de una ideología religiosa —como Chavín— o la de una economía política asociada con un estilo de vida urbano —como Huari— también puede haber promovido la dispersión de una

lengua dominante. De hecho, hay muchas fuerzas implicadas en los procesos de adopción de una lengua, así como en el cambio y contacto entre culturas. En la siguiente sección trataré algunas de estas opciones de manera breve, concentrándome en la dispersión de poblaciones, así como la relación entre la agricultura y las lenguas, las lenguas y los rituales, y los conceptos de 'horizonte' y 'lengua'.

2. La dispersión de poblaciones

Junto con el rejuvenecimiento de la prehistoria lingüística en arqueología vino la resurrección de la migración como un mecanismo primario —y, posiblemente, el principal— para la difusión de las lenguas. Algunos arqueólogos y lingüistas han buscado descubrir cultura material que se correlacione con las lenguas y los movimientos de población (lo que usualmente se lee como «grupos étnicos»); no obstante, se puede cuestionar si la etnicidad fue, en verdad, una clave para la dispersión de las lenguas en los Andes, ya que tanto el quechua como el aimara «atravesaban», prácticamente, muchos grupos y territorios étnicos diferentes. Soy de la opinión de que cuando la mayoría de los arqueólogos hablan acerca de una «migración» se refieren a la identificación de un grupo étnico, una cultura específica o un movimiento de tipo horizonte definido, como el de Chavín o Huari, en tanto se relacionen o constituyen motivos para alguna transformación en la cultura material observada en el registro arqueológico.

La simple formulación de que *lengua* es igual a *artefactos* y estos, a su vez, equivalen a *etnicidad* tiene un carácter omnipresente en la literatura arqueológica mundial, pero esta ecuación de elementos culturales no necesita ser aceptada necesariamente aquí sin más. Lo que se identifica arqueológicamente, sobre la base de los atributos de la cultura material, como «culturas» o «sociedades» diferentes, constituyen constructos arqueológicos que pueden, o no, ser sinónimos de reconstrucciones, por medio del uso de otros métodos, o de lenguas. En lugar de ello, parece ser que no existen medios arqueológicos independientes para controlar, evaluar o analizar las lenguas y la etnicidad en el pasado andino dado que las propiedades materiales y simbólicas de los artefactos eran compartidas muy fácilmente en amplias regiones como los Andes, tal como parece haber ocurrido.

En otras palabras, mientras que uno está tentado a tomar una postura «migracionista» y sugiere que ciertas similitudes en la cultura material pueden demostrar discontinuidades y continuidades etnolingüísticas, también se debe advertir que en el análisis del registro arqueológico no siempre se debe esperar ver indicios claros de identidades étnicas, lingüísticas o que se representen horizontes en las formas y diseños de los artefactos. Materiales y estilos semejantes se pueden encontrar a lo largo de grandes áreas del territorio de los Andes y, de esta manera, no se puede decir que hayan existido fronteras sociales y culturales respecto de muchos objetos y símbolos. Además, es posible que tanto la migración como la adopción local de artefactos o rasgos de comunidades vecinas o «recién llegadas» fueran procesos que se diesen de manera simultánea.

Esto motiva a reconsiderar qué es lo que se piensa acerca de lo que se busca, y qué es lo que, quizá, se pueda encontrar en los esfuerzos por identificar y distinguir entre poblaciones migrantes en los Andes prehispánicos. Si se habla en términos generales, un cambio relativamente radical en el registro arqueológico, uno para el que no hay una explicación convincente en relación con el desarrollo histórico-cultural de la población in situ en cuestión, va a motivar una interpretación del acontecimiento de una migración. La validación de este tipo de interpretación radica en el supuesto de que el grupo inmigrante constituye una sociedad culturalmente conservadora y, de alguna manera, «superior» respecto de la que desplaza o reemplaza. Sin embargo, esta es una presunción que no es necesariamente exacta, si bien hay numerosos casos de imperialismo histórico en el pasado andino que proporcionan sustento a este aspecto de la migración como proceso cultural. De igual modo, no todas las migraciones incluyen una oposición por parte de las poblaciones que están en su lugar en un paisaje antes de la llegada de un grupo humano inmigrante. Como consecuencia de ello, no se puede ver en la «migración» un fenómeno singular; más bien, cada caso debe ser interpretado a la luz de las historias locales específicas.

Por último, sin embargo, debemos ser prudentes al considerar esta línea de explicaciones debido a que la llegada de una nueva población (o poblaciones), que estuviera conformada por colonizadores, inmigrantes o elites dominantes, no necesariamente conduce a un cambio en las lenguas. Por ejemplo, el dominio romano en el Mediterráneo oriental no tuvo, prácticamente, efecto lingüístico alguno. Más bien, esta línea

de pensamiento también nos lleva de nuevo, y de manera rápida, al tipo de modelo difusionista del cambio de la cultura material que la *New Archaeology* trató, con mucho esfuerzo, de desaparecer.

3. La agricultura (maíz) y las lenguas

¿Pueden ser vinculadas las tempranas dispersiones de la agricultura y la difusión precoz de ciertas familias de lenguas principales en los Andes con los efectos del mismo conjunto subyacente de causas? ¿Acaso estas causas se relacionan con el crecimiento demográfico y los perfiles de expansión rápida de los agricultores tempranos? En años recientes, varios arqueólogos, especialmente Renfrew (1987, 1989, 1990), Bellwood (Bellwood y Renfrew 2002), y Heggarty y Beresford-Jones (2010), han sugerido que existieron mayores vínculos entre los conjuntos culturales, lingüísticos y biológicos relevantes que pertenecían a la temprana dispersión de la agricultura en diferentes partes del mundo.

Si existió un nexo muy fuerte entre las lenguas y la agricultura, entonces, ¿qué hizo que esto se enraizara? Al parecer, una serie de contactos sociales —y, posiblemente, algunos movimientos humanos estacionales— fueron responsables de la diseminación de algunos cultivos y conocimientos agrícolas a lo largo del territorio de los Andes. La evidencia arqueológica andina disponible en la actualidad sugiere que las comunidades antiguas emprendieron proyectos que pudieron conducir a las transiciones primarias hacia la agricultura, por medio de las cuales las plantas indígenas fueron domesticadas in situ, mientras que otros grupos, algo más tarde, adoptaron plantas no nativas en un proceso que se ha llamado de transformaciones secundarias o adoptivas. En los Andes también se pueden distinguir casos de transición rápida a la agricultura mixta organizada en algunas áreas; en otras, una incorporación de procesos agrícolas al interior de sistemas de economías de cazadores-recolectores (crianza de camélidos) por el lapso de un milenio o más antes de que la agricultura mixta se convirtiera en la norma, y en otros casos más estaban presentes sistemas agrícolas y de cazadores-recolectores coexistiendo por muchos siglos. En diversas partes de los Andes hubo contacto entre grupos de agricultores y cazadores-recolectores, que habitaban de manera adyacente, por miles de años o más y, luego, recién se dio la adopción de la agricultura. En algunos lugares, esta adopción involucró una considerable transformación en las bases de la subsistencia; en otros, una pequeña pero crucial adición a la existente. De esta manera, se pueden plantear las siguientes preguntas: ¿cuán efectivos eran los sistemas agrícolas tempranos —o, incluso, los más tardíos— en diferentes ambientes y sociedades dado el aparentemente lento proceso gradual del desarrollo agrícola en los Andes?, ¿implica esto lo mismo para el caso de las lenguas, con elementos lingüísticos que se iban añadiendo poco a poco? En ese sentido, es probable que el ritmo del origen y trayectorias subsiguientes tanto de la difusión de la agricultura como de las lenguas deban de mantenerse analíticamente separados.

Más aún, el comúnmente percibido postulado de la ola de avance o de la globalización de la agricultura desde el Holoceno Temprano al Holoceno Medio, que presenta la dispersión y adopción de la agricultura como un hecho, no es evidente en los Andes. La presunción subyacente entre muchos arqueólogos es el acontecimiento de una inevitable revolución agrícola que está latente debajo del desarrollo del mundo andino como un todo muy homogeneizado, lo que incluye una lógica y fundamentos para el proceso de adopción del cultivo de alimentos básicos. Sin embargo, cuando esto era confrontado con algún nuevo aspecto cultural, fuera un cultivo determinado o una nueva tecnología, puede haberse causado, de alguna manera, una repercusión, fuera positiva o negativa, entre las comunidades de cazadores generalizados, lo que habría activado la latencia cultural. En otras palabras, la población local pudo haber adoptado la agricultura y la utilizó de acuerdo con sus percepciones locales, o, quizá, también la pudo haber rechazado. Mientras que el intercambio de información y tecnologías inevitablemente continuaba activo entre los asentamientos o grupos humanos durante todas las fases, es obvio que los nuevos conocimientos no siempre eran incorporados por todos los asentamientos en el transcurso del tiempo y el espacio. Una nueva idea, lengua o tecnología pudo haber sido no tomada en cuenta o rechazada debido a que no era relevante en ese momento, y simplemente no encontró repercusión entre las comunidades de cazadores generalizados en el área de estudio.

Asimismo, algunos grupos de agricultores y cazadores-recolectores inicialmente cambiaban sus economías en direcciones tan distintas y de manera tan frecuente que cualquier intento de diferenciar los

dos estilos de vida no tendría sentido alguno. Ciertamente, este es el caso que se dio en los valles de Zaña y Jequetepeque, donde he realizado investigaciones los últimos 30 años, las que sugieren efectos a modo de archipiélago, en el que se «salta» de un lugar a otro dejando espacios entre ellos (*leap-frog process*) y no un modelo de ola de avance en la difusión y adopción de la agricultura en un lapso de 4000 años o más (Dillehay [ed.] 2011). Soy de la opinión que, con el fin de obtener una correspondencia entre la difusión de las lenguas con la de la agricultura, el modelo de la ola de avance debería funcionar, lo que no ocurre en los Andes.

El problema de mantener al modelo de la ola de avance de la constante difusión de la agricultura como proceso nuclear es que la preponderancia de este tipo de razonamiento reduce, efectivamente, las oportunidades de investigación objetiva y, de manera más grave, la recolección de datos comparativos en ambos lados de la división (Dillehay [ed.] 2011). Testimonios de esto son la poca frecuencia de restos vegetales procedentes de sitios preagrícolas, y las «adivanzas» intelectuales o las insuficiencias de los modelos socioeconómicos para explicar la adopción de la agricultura. El establecimiento de modelos para procesos tan especiales se encuentra en una etapa aún más rudimentaria: ¿cómo se organizaban las comunidades cuando adoptaban la producción de alimentos total o parcialmente dadas las diferencias en el modo en el que los cazadores generalizados poseían o tenían acceso a recursos, compartían tareas en relación con los alimentos, dependían de la familia o de grupos de trabajo, entre otros?, ¿cómo encajaba la difusión de las lenguas al interior de estos escenarios?

Heggarty y Beresford-Jones (2010) han realizado una lúcida e incisiva revisión de un asunto difícil de entender por su naturaleza interdisciplinaria, matices metodológicos y la excesiva escasez de evidencias claras por parte de la arqueología y la lingüística histórica. Su evaluación de una supuesta ecuación agricultura=población=difusión de lenguas en el caso andino hace hincapié, precisamente, en la necesidad de entender las relaciones históricas entre el cambio y dispersión de las lenguas, el movimiento poblacional y la cultura material al interior de un *cultural package* más grande. Sin embargo, no se ha definido el lugar de las lenguas al interior de este *package* o si las lenguas andinas se «movieron» con las poblaciones (y la agricultura).

Dichos autores proponen que la dispersión del quechua está relacionada con un «umbral de intensidad agrícola expansionista» basado en el maíz, algo que se logró durante el Horizonte Temprano. También sostienen que «las grandes diseminaciones de lenguas deben haberse conducido por procesos de escala proporcional», lo que implica que los cambios culturales panandinos —incluyendo un incremento en la producción de maíz— durante el Horizonte Temprano proporcionaron las condiciones para dicha escala. Sin embargo, un análisis más detallado de la coincidencia del quechua y de los rasgos arqueológicos de dicho horizonte no revela indicios concretos de que estuvieron relacionados. Más aún, sobre la base de ligeros incrementos en la presencia del cultivo del maíz en unos pocos sitios costeros, se ha asumido como válido el muestreo arqueológico de un aumento extendido de este cultivo durante dicho período. De hecho, la producción incrementada en la sierra, donde el quechua, muy probablemente, se originó y se esparció, no ha sido bien demostrada todavía.

Es más, es extraño el hecho de que las sociedades pastoriles móviles hayan sido desatendidas en el tratamiento del tema de la dispersión de las lenguas andinas. ¿Se debe esto a que existe un punto de vista predominante acerca de que las sociedades pastoriles tenían cultura material pobre en comparación con las sociedades agrícolas y, así, adquirieron un carácter marginal respecto de la corriente principal de desarrollos culturales? Los autores plantean que «las sociedades pastoriles [...] siempre permanecieron íntimamente vinculadas a sus vecinos, los grupos agricultores» (Heggarty y Beresford-Jones 2010: 175). Esta afirmación puede corresponder a partes del norte y centro de los Andes peruanos, pero no necesariamente es verosímil para los casos de la puna y el altiplano del sur del Perú, y de los Andes surcentrales, respectivamente. Mientras que los fundamentos económicos de los Estados andinos tempranos se han buscado, de forma convencional, en el desarrollo de la producción agraria, la arqueología de las sociedades pastoriles se ha concentrado, en su mayoría, en el interior, el área de la sierra. A pesar de ser cruel, esta generalización realza la importancia de la relación de los pastores con la diseminación de las lenguas, en particular el aimara y el uro. Posiblemente algo que también contribuyó a la expansión de estos dos idiomas en los Andes surcentrales pudo haber sido la sinergia creada por la combinación del pastoreo con la cosecha de plantas cultivadas. Un desarrollo clave pudo haber significado un cambio en el balance del manejo del riesgo en

tanto los grupos pastoriles se esparcían en áreas antes no ocupadas o menos densamente habitadas de los Andes centrales.

Otros temas sobre los que hay que reflexionar son la prolongada persistencia de la caza y recolección al lado y sobrepasando áreas habitadas por agricultores y grupos humanos pastoriles, y el papel que pudo haber tenido este proceso en la propagación de las lenguas. Basados en el registro arqueológico, se puede demostrar que los cazadores y recolectores continuaron ocupando porciones de los Andes en etapas tan tardías como 1500 A.P. (*v.g.*, Lavallée 2000; Dillehay [ed.] 2011). La diseminación de los grupos de agricultores y pastores no necesariamente deja de lado o evita la caza y recolección. Los procesos por los que estas actividades cedieron el paso a la producción de alimentos de carácter agrícola y/o agropastoril todavía permanece sin mucha atención por parte de los investigadores, lo que deja espacio para especular acerca de qué papel combinado pudieron haber tenido en el origen y difusión de las lenguas.

La probable diversidad con la que la producción de alimentos y las lenguas se propagaron, y las oportunidades en las que los cazadores-recolectores, pastores, agricultores y grupos agropastoriles enfrentaron una variedad de relaciones basadas en el intercambio entre ellos a lo largo de múltiples zonas ecológicas —lo que incluyó el transporte de cultivos de una población a otra— podría ayudar a explicar la difusión de las lenguas. En ese sentido, considero la posibilidad de que haya ocurrido un proceso de reemplazo de lenguas a lo largo de un período extenso, que no necesariamente involucró grandes movimientos de población y procesos escalados proporcionales pero que puede ser interpretado en forma de cambios demográficos sistémicos y sociales graduales que fueron ventajosos para las sociedades que practicaban una variedad de economías en distintas zonas ecológicas. Asimismo, el hecho de asumir de manera muy ligera los vínculos entre diversidades económicas, los aspectos específicos de la ecología andina y sus recursos, así como los procesos sociales, puede ser errado. Definida en estos contextos, también parece ser que la dispersión del quechua y el aimara dependía de la naturaleza del aprendizaje social y la transmisión cultural. Esto, a su vez, se relaciona con una comprensión de la base cognitiva desarrollada del aprendizaje social, la definición y reconocimiento de sistemas de producción de alimentos imitados, y el papel que, posiblemente, los eventos públicos de gran escala —como las ceremonias en los sitios monumentales durante el Horizonte Temprano y períodos posteriores— tuvieron en este proceso.

Para finalizar, si bien la dependencia incrementada en el maíz y otros cultivos puede ser identificable en pocos contextos arqueológicos tempranos, no se puede deducir de ahí que las consecuencias demográficas, sociales y lingüísticas que esto implicaba fueran siempre idénticas en el transcurso del tiempo y a lo largo de los Andes. Probablemente, la cuestión de cómo los recursos, y más específicamente el maíz, fueron combinados dentro de un patrón económico integral, las historias previas de las comunidades, la organización social y la ideología —todos los cuales pueden ser considerados como partes de un *cultural package* más amplio— tuvieron una parte de responsabilidad en la difusión de las lenguas andinas.

Más específicamente, ¿se puede asociar la dispersión del quechua con el maíz?, ¿y por qué solo el maíz?, ¿se debe a que este producto es omnipresente en el mundo andino?, ¿por qué no la papa u otros tubérculos?, ¿qué hay de la coca, otro cultivo predominante?, ¿por qué no las tecnologías, como la agricultura por irrigación y/o el manejo de sistemas hidráulicos, o los conceptos de edificación arquitectónica? De hecho, estos últimos fenómenos son más predominantes que el maíz o la agricultura. Todos estos son temas que requieren consideraciones teóricas y empíricas si se desea que los episodios prehistóricos de expansión agrícola sean convincentes. Si la expansión del quechua se dio gracias a la agricultura, entonces se debe esperar que ocurrieran una serie de hechos correlacionados:

- Las familias lingüísticas con potencial para este tipo de origen deberían tener componentes muy emparentados protolingüísticamente, con significados estables en relación con los cultivos, las actividades agrícolas y, quizá, los animales domésticos, de acuerdo con las circunstancias regionales.

- Asimismo, deberían mostrar indicios de una difusión temprana sobre una gran área, lo que indicaría, probablemente, una filogenia fundamental.

- Tendrían que presentar profundidades temporales que correspondan, aproximadamente, con aquellas de las dispersiones de la agricultura inferidas a partir del registro arqueológico.

– Deberían manifestar otros aspectos materiales factibles de reconstruir al interior de los étimos protolin-
güísticos que puedan ser correlacionados con aspectos no universales en el registro arqueológico.

– El registro arqueológico debería revelar el proceso de dispersión desde las áreas originales de desarrollo de la agricultura, y, de manera más importante, determinar dichas áreas y las direcciones de las diseminaciones en un marco geográfico similar al, potencialmente vinculado, de las áreas originales de las lenguas y sus dispersiones respectivas.

4. Actividades y límites rituales

Otra posibilidad es que la difusión del quechua esté asociada con la de una ideología de carácter político-religioso compartida entre grupos humanos, pero cuyas áreas de ocupación no tenían límites definidos. Por ejemplo, la amplia diseminación de numerosos materiales y rasgos iconográficos a lo largo de los Andes durante el Horizonte Temprano implica que las fronteras claramente impuestas entre las comunidades locales —y, posiblemente, entre diferentes comunidades de hablantes— no fueron frecuentes, tuvieron una corta vida o nunca existieron.

El contexto ritual para la dispersión de las lenguas también podría haber implicado un calendario de ese carácter como parte de un contenido expresado durante la manipulación y despliegue de los objetos que requerían discursos estandarizados. Por ejemplo, a lo largo de Mesoamérica, los especialistas rituales fueron sacerdotes calendáricos; la mayor parte de su trabajo fue el uso del calendario ritual para calcular o programar eventos o para evaluar los resultados probables que habrían ocurrido en una fecha determinada. De esta manera, el sistema gráfico que se convirtió en escritura estuvo, probablemente, en manos de los sacerdotes calendáricos a cargo de ritos inspirados en los usos olmecas.

5. Horizontes y límites rituales

Dados los títulos de algunos de los trabajos incluidos en este número, parece ser que varios colegas encuentran alguna justificación para utilizar continuamente los horizontes, si bien, incluso, muchos probablemente podrían estar de acuerdo en que el concepto ha sobrevivido a su utilidad (*cf.* Rice 1993). La mayoría también podría concordar en que el concepto no es congruente con los enfoques procesual y posprocesual en la arqueología contemporánea y que está minado por otros métodos cronológicos. Además, la tradición y el horizonte pueden confundir estilo y tiempo con cultura e innovación, transformación y los rasgos y motivos que se tenían en común con diferentes procesos de cambio cultural que podían compartir los mismos sistemas lingüísticos y simbólicos.

El concepto de horizonte puede ser útil para la organización de cantidades masivas de material arqueológico similar, pero esto no explica los muy diferentes y complejos materiales al interior del área de un mismo horizonte. Y se pueden plantear aquí varias preguntas, como, por ejemplo, ¿cómo se tratan las diferencias regionales dentro del estilo-horizonte?, ¿cómo se explica el movimiento de los grupos de elite y subelite en el ámbito regional, dado que mucho movimiento se puede interpretar, por lo general, como un estilo extenso que se disemina a partir de un centro mediante una rápida difusión, migración y/o conquista? El horizonte no constituye un término neutral debido a que obliga a pensar en el sentido de influencias procedentes de centros particulares y aleja a los estudiosos del entendimiento de los desarrollos simultáneos interrelacionados para dejar, en su lugar, explicaciones de carácter drástico y simplista.

Otra inquietud la conforman la inestabilidad y estabilidad de las culturas representativas de un horizonte y, de esta manera, la estabilidad del cambio de las lenguas y su difusión al interior de él. El arqueólogo está en posición de hacer una contribución significativa a la evaluación del problema de la estabilidad o inestabilidad. Sin embargo, la falta de una comprensión, comúnmente aceptada, de la relación entre estabilidad e inestabilidad cultural, y cómo ellas se relacionan con la diseminación de una lengua, imponen dificultades empíricas y conceptuales, lo que complicará el estudio de su difusión. Más aún, la naturaleza de los datos disponibles para el arqueólogo condiciona el tipo de contribución que él puede hacer. Un aspecto importante de la estabilidad cultural en la que la arqueología puede proporcionar datos fundamentales es el de la persistencia y cambio de las formas culturales en el transcurso del tiempo.

En resumen, de la misma manera en que muchos arqueólogos han supuesto antes, el concepto de horizonte ha sido utilizado como una herramienta para la organización de los datos, especialmente antes del advenimiento del fechado radiocarbónico, pero ya no podrá ser usado como un instrumento para la organización precisa de las transformaciones culturales específicas, como la dispersión de lenguas en este caso de estudio.

6. Conclusiones

La capacidad para asociar la propagación de un idioma con determinados acontecimientos culturales y sociales y procesos depende de varias convergencias empíricas, metodológicas y teóricas con el fin de lograr entender las relaciones entre estas variables, las que, en mi opinión, las disciplinas involucradas no poseen en la actualidad. Sin embargo, esto no implica que no se debería intentar fomentar nuestra capacidad para lograr este objetivo. El vector de sincronización —y, aparentemente, de transmisión de una lengua— pone de relieve el papel del comercio a larga distancia, los rituales públicos, la expansión de la población y otros factores en la difusión de las lenguas andinas y sus efectos posteriores sobre las formas de vida indígenas. Es probable que el creciente contacto que se había asociado con el acrecentamiento del comercio, el desarrollo agrícola y la religión durante el Período Formativo, si no antes o después, sirviera como mecanismo facilitador de la propagación del quechua y otras lenguas a lo largo de diversas partes de los Andes centrales. Renfrew, Heggarty y Beresford-Jones han proporcionado pistas valiosas para interpretar la manera en que las lenguas se diseminaron en los Andes, y su propuesta representa un fresco punto de partida para la comprensión de este complejo proceso, de manera que su esfuerzo es digno de encomio por iniciar este trabajo.

REFERENCIAS

Bellwood, P. S. y C. Renfrew (eds.)

2002 *Examining the Farming/Language Dispersal Hypothesis*, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Cambridge.

Dillehay, T. D. (ed.)

2011 *From Foraging to Farming in the Andes: New Perspectives on Food Production and Social Organization*, Cambridge University Press, New York.

Heggarty, P. y D. G. Beresford-Jones

2010 Agriculture and Language Dispersals: Limitations, Refinements, and an Andean Exception? *Current Anthropology* 51 (2), 163-191.

Isbell, W. H.

1974 Ecología de la expansión de los quechuahablantes, *Revista del Museo Nacional* 34, 143-197.

Lathrap, D. W.

1970 *The Upper Amazon*, Ancient Peoples and Places, Thames and Hudson, London.

Lavallée, D.

2000 *The First South Americans* [traducción de P. Bahn], University of Utah Press, Salt Lake City.

Renfrew, C.

1987 *Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*, Jonathan Cape, London.

1989 World Languages and Human Dispersals: A Minimalist View, en: J. A. Hall (ed.), *Transition to Modernity*, 11-68, Cambridge University Press, Cambridge.

1990 Models of Change in Language and Archaeology, *Transactions of the Philological Society* 87 (2), 103-178.

Renfrew, C., A. M. S. McMahon y R. L. Trask (eds.)

2000 *Time Depth in Historical Linguistics*, vol. 1, Papers on the Prehistory of Languages, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Cambridge.

Rice, D. S. (ed.)

1993 *Latin American Horizons: A Symposium at Dumbarton Oaks, 11th and 12th October, 1986*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Ruhlen, M.

1994 *On the Origin of Languages: Studies in Linguistic Taxonomy*, Stanford University Press, Stanford.

Torero, A.

2002 *Idiomas de los Andes: lingüística e historia*, Travaux de l'Institut Français d'Études Andines 162, Instituto Francés de Estudios Andinos, Horizonte, Lima.